

jas, de las plegarias. Allá abajo, en la obscuridad, el agua indiferente llevaba hacia el centro de la corriente y alejaba de la orilla un islote sobre el cual formas humanas se agitaban desesperadamente.

La noche las envolvía...

IX

Un domingo, por la tarde, Maiakín estaba en su jardín y tomaba el té conversando con su hija. Sentado á la sombra de un cerezo, desabrochado el cuello de la camisa y con una toalla liada alrededor del cuello, gesticulaba y charlaba sin cesar.

—¡El que se hace esclavo de su vientre es un imbécil y un miserable! ¿Es acaso que la vida no nos ofrece otra cosa mejor que comer y beber? ¿Y de que podrías vanagloriarte si no eres algo más que un cerdo?

El viejo tenía los ojos brillantes de cólera y de emoción, sus labios se plegaban desdeñosamente y las arrugas de su rostro atezado se hacían más numerosas.

—Sí Tomás fuese mi hijo, desde chiquito le hubiera corregido.

Liubov escuchaba en silencio, jugando con una rama de acacia y la mirada fija con respeto en el rostro de su padre. A medida que avanzaba en edad, cambiaba insensiblemente sus maneras retraídas y desconfiadas con respecto al viejo. Encontraba en las palabras de su padre las ideas contenidas en sus libros, y esto la seducía, haciéndola preferir su conversación llena de imágenes á las frías doctrinas impresas.

Siempre negociando, siempre despierto é inteligente, seguía solo su ruta. Ella comprendía su soledad, sabía por experiencia cuán penosa era esta y sus modales se suavizaban en consecuencia. A ve-

ces discutía con él recibiendo contestaciones acerbadas é irónicas, pero, á pesar de ello, cada vez con un poco mayor abandono.

—¡Si el difunto Ignat hubiese leído este artículo del periódico, donde vienen las locuras de su hijo!... ¡le habría dado una paliza á Tomás! decía Maiakín dando un puñetazo formidable sobre la mesa. ¡Se le ha dado un repaso! ¡Qué vergüenza!

—No ha robado dijo Liuba.

—¡Yo no digo que esto sea injusto! Le han reventado con mano maestra... Quisiera saber quién ha escrito este artículo.

—¿Y qué puede importaros eso? preguntó la joven.

—¡Oh! por curiosidad... Este animal se ha burlado lindamente de la conducta de Tomás... Se adivina fácilmente que era de la fiesta y que ha asistido á todas sus locuras...

—¡Pse! ¡no querrá comprometerse con Tomás! declaró la joven.

Y en aquel momento enrojeció bajo la mirada escrutadora del padre.

—¡Ja, ja! Tienes lindas relaciones, Liubva, exclamó Maikín con tono mordaz de ironía. ¿Vamos á ver, quién lo ha escrito?

—¿Para qué quiere saberlo, papá?

—¡Dilo!

Hubiera preferido callarse, pero como su padre insistiese y su voz tomase un acento duro é iracundo, ella preguntó inquieta:

—¿No le hará nada?

—¿Yo?... ¡yo le... marcaría la cabeza! ¡Tonta! ¿Qué puedo hacerle? Estos escritores no son tontos tampoco y además tienen una fuerza... ¡una fuerza de los diablos! No soy el gobernador y tampoco el gobernador puede hacer cortar la mano ni arrancar la lengua... Son como los ratones, nos roen suavemente y para envenenarles es necesario servirse

de rublos en vez de azufre. ¡Ea... vamos! ¿quién es?

—¿Se acuerda de cuando yo iba á la escuela de un muchacho llamado Ehoff que venía aquí... un chico moreno?...

—¡Hum!... ¡Ciertamente que le he visto! ¡ya sé!... ¿Es él?

—El es.

—¡Pícaro! Ya se veía que nada saldría de famoso, de semejante pillete... Debería haberme ocupado de él; hoy sería quizás un hombre...

Liubov tuvo una sonrisa mal velada y preguntó á su padre con desenfado:

—El que escribe en los periódicos ¿no es un hombre?

El viejo permaneció mucho rato sin responderle, dando en la mesa con los nudillos, absorto y examinando su rostro que se reflejaba en la tetera de cobre brillante. Después levantó la cabeza, guiñó los ojos y replicó con énfasis:

—¡No son hombres, son postemas! ¡La sangre de los hombres rusos se ha corrompido! se ha corrompido y se ha echado á perder y esta mala sangre produce todas esas gentes de letras, periodistas, fariseos feroces... Postemas han surgido en todas partes y siguen aún... ¿De dónde proviene la corrupción de sangre? De una circulación demasiado lenta... ¿Los mosquitos, por ejemplo, de dónde salen? De los lodazales... El agua estancada engendra toda clase de podredumbres y una vida mal organizada, igualmente...

—¡No se trata de eso, papá! dijo Liuba dulcemente.

—¿Pues de qué, entonces?

—Los escritores son la gente más desinteresada, son criaturas estimadísimas. ¡No quieren nada más que la justicia, que la verdad! No son mosquitos...

Liuba se agitaba, haciendo el elogio de gentes que le eran tan gratas: sus mejillas estaban sonro-

sadas y sus ojos tan elocuentes, mirando á su padre, que parecía querer imponerle así su convicción, sintiendo la impotencia de sus palabras.

—¡Eh, tú! suspiró el vieja interrumpiéndola, tú has leído demasiado, ¡te has envenenado! Dime más exactamente lo que son esas gentes. Nadie lo sabe. Ehoff, por ejemplo, ¿quién es?... No buscan más que la verdad, dices... ¡qué modestia!... pero si la verdad es lo que hay máspreciado en el mundo. Quizás por eso cada cual la busca en silencio. Créeme, el hombre no puede ser desinteresado... no dejará que lo aspen por el bien del prójimo, y si lo hace, es un imbécil... y nadie se aprovechará de ello. El hombre debe defender su fortuna, la fortuna suya, y entonces cumplirá, ¡así es!... ¡La verdad! He aquí cuarenta años que leo el mismo periódico y veo muy bien... Mira, tu rostro reflejándose en la tetera, está completamente desfigurado. Y á pesar de todo, eres tú. Así son los periódicos. Presentan siempre el rostro de la tetera y no es verdad... Tú lo crees... Mientras que yo sé que mi rostro aparece deformado en la tetera. No se puede decir la verdadera verdad á nadie: el hombre tiene el gaznate demasiado frágil para ello... y además, ¡aun no ha sido revelada á nadie esa verdad!...

—¡Padre mío! exclamó Liubov; los libros y los periódicos defienden, sin embargo, intereses generales, los de todos los hombres.

—¿En qué periódico has leído tú que la vida te pesa y que es hora de casarte? ¡Tus intereses no los defienden pues! ¡Eh! Tampoco los míos y además... ¿quién sabe lo que yo deseo? ¿quién puede conocer mis negocios, excepto yo?

Las palabras de su padre caían sobre Liuba como las mallas de una red la envolvían, la estrechaban, y la joven no podía deshacerse de ellas, y escuchaba en silencio el discurso del viejo. Le contemplaba con una tensión en todo su sér, esperan-

do encontrar en su pensamiento el apoyo que buscaba y recordaba ciertas analogías con lo que había leído en los libros que le parecían contener la verdad.

Sólo la risa triunfal y mala de su padre le oprimía el corazón y aquellas arrugas movibles que surcaban su rostro, semejantes á culebras, le inspiraban una inquietud vaga. Sentía que apartaba los ojos de la inteligencia de algo que en sus meditaciones le apareciera sencillo y luminoso.

—¡Papá! preguntó ella repentinamente cediendo á un brusco deseo... ¡Papá! ¿qué es... según vos, Taras?

Maiakín tembló. Sus cejas se unieron, amenazantes, fijó sus ojos irritados en su hija y replicó secamente:

—¿Qué significa esta pregunta?

—¿Me está prohibido hablar de él? preguntó Liuba confusa.

—No quiero hablar de ello... Y no te lo aconsejo á ti...

El viejo tuvo un gesto de amenaza, frunció de nuevo el entrecejo y bajó la cabeza.

Pero, diciendo que no quería hablar de su hijo, hizo traición á sus palabras, pues, al cabo de un instante de silencio, continuó con cólera:

—¡Taraska! es una postema también... La vida esparce por todas partes su aliento, pero vosotros, inexpertos, no sabéis distinguir los verdaderos perfumes y aspiráis indistintamente toda clase de miasmas: por eso vuestras cabezas están tan turbadas... Por eso, es por lo que no sois capaces de nada bueno y sufrís esa impotencia... ¡Taraska!... ¡sí!... ¡puede tener ahora cuarenta años! Un presidiario, ¿mi hijo? Gran bestia que no has querido seguir los consejos de tu padre. Ha caído.

—¿Qué ha hecho? preguntó Liuba, que estaba suspensa de los labios de su padre.

—¿Acaso se sabe? Apuesto que á estas horas él mismo no lo sabe ya... si es inteligente... y debe serlo... no es hijo de un imbécil... y ha visto bastante... ¡Se contempla mucho á los nihilistas! Que me los entregasen... ¡pronto los pondría en su sitio! ¡La soledad! ¡Media vuelta y adelante hacia los países desiertos! Haced luz, señores intelectuales, sepamos como vais á organizar la vida á vuestra idea. ¡Vamos!... Y los habría puesto bajo la dependencia de robustos campesinos... ¡Y bien! señores, se os ha dado de comer y de beber, se os ha instruído, hacernos ahora conocer una muestra de vuestra sabiduría. Pagad vuestra deuda. ¡Sí! yo no habría desembolsado un céntimo por esas gentes, pero les habría hecho sudar sangre y agua... ¡pagad! Un hombre no es de desdenar, si se le mete en prisión es demasiado poco... ¿Has violado la ley y te crees el dueño? ¡Ah! ¡no! trabaja ahora. Un solo grano produce una espiga; es inadmisibile que un hombre sea perdido para el universo. El albañil diestro sabe utilizar la menor tabla: del mismo modo cada hombre debe ser empleado para el interés general, utilizado hasta la última de su sangre. En la vida cada grano de arena tiene su sitio y el hombre no es una cantidad insignificante... ¡Ay de mí! Cuando la fuerza no está secundada por la inteligencia es un triste espectáculo; pero la inteligencia sin la fuerza no vale nada tampoco. Mira, Tomás... ¿Quién es aquél viene por ahí? Ves á ver...

Liuba volvióse y percibió, avanzando hacia ella, con el sombrero en la mano, por una de las avenidas del jardín, á Efim, el capitán del *Ermak*. Su continente era el de un hombre que se siente culpable y no espera ningún perdón. Parecía completamente alterado. Jacob Tarasovitch lo reconoció en seguida y exclamó inquieto:

—¿De dónde vienes? ¿Qué sucede?

—¡Vengo en vuestra busca! dijo Efim con un profundo saludo.

Y se detuvo cerca de la mesa.

—Lo veo... Pero ¿de qué se trata? ¿Dónde está el barco?

—¡El barco está allá abajo! exclamó Efim extendiendo el brazo en sentido izquierdo.

—Pero ¿dónde? ¡qué diablo! Habla más claramente. ¿Qué ha sucedido? gritó el viejo fuera de sí.

—Voy á explicarme... una desgracia, Jacob...

—¿Se ha destrozado?

—No. Dios nos ha salvado...

—¿Quemado entonces? ¡vamos, habla pues!

Efim respiró con fuerza y dijo con lentitud:

—Se ha ido á pique la barcaza *núm. 9*, está perdida.. Un hombre tiene las caderas destrozadas... otro falta á la lista, puede ocurrir que se haya ahogado... Cinco más están heridos, pero, en fin, no mortalmente, aunque entre ellos hay quien estaba completamente inútil...

—¡Muy bien! exclamó Maiakín con los ojos locos de cólera y midiendo al capitán de la cabeza á los pies. Bien sabes, Efimochka, que te arrancaré el pellejo...

—No soy yo... replicó vivamente Efim.

—¡No eres tú! exclamó el viejo tembloroso. ¿Y quién entonces?

—El patrón mismo...

—¿Tomás? ¿Y tú, qué es lo que hacías?

—Yo estaba acostado en el entrepuente.

—¡Ah! ¡tú estabas acostado!

—Atado...

—¿Cómo? chilló el viejo con voz penetrante.

—Déjeme contar todo por orden... El patrón estaba borracho y exclamó: «¡Vete! ¡Voy á conducir el barco yo mismo!» Yo respondí: «¡No puedo! ¡Soy el capitán!» — «¡Atadle!» Entonces se me maniató y se me bajó al entrepuente. Y, como estaba borra-

cho, ha querido divertirse... Ibamos á chocar con seis barcazas vacías que remorcaba el *Thernogaretz*. Tomás se había puesto al través para interceptarles la ruta. Han silbado... más de una vez, ¡es necesario decir la verdad!

—¿Y entonces?

—Entonces nosotros nos hemos podido resistir. Las dos primeras barcazas han venido hacia nosotros, y cuando han abordado nuestro *núm. 9*, nos hemos hundido... Ellos han sufrido también, pero nuestras averías han sido más grandes.

Maiakín se levantó y dejó escapar su risa sarcástica y cascada. Efim suspiraba y decía:

—Tiene un carácter demasiado enérgico... Cuando Tomás no ha bebido, no habla y queda meditabundo, pero cuando se le ocurre echar aceite á los resortes, se precipita sin que se le pueda detener. En estos momentos no es dueño de sí ni se ocupa de negocios, pero es su peor enemigo... ¡dispénsame! ¡Y yo quiero irme, Jacob Tarasvitch! No estoy acostumbrado á no tener amo, no puedo vivir así...

—¡Silencio! exclamó Maiakín con voz ruda. ¿Dónde está Tomás?

—Allá... en el mismo sitio... Ha vuelto en sí en el momento del accidente y se ha enviado á buscar gente. Se va á tratar de poner á flote la barcaza, y hasta creo que ya han empezado á trabajar.

—¿Está él solo? preguntó Maiakín bajando la cabeza.

—No del todo, respondió Efim con voz baja, arrojando sobre Liuba miradas vacilantes.

—¿Y bien?

—Hay una dama.. muy morena...

—¡Bueno!...

—Una mujer que no parecía estar muy cuerda, continuó Efim con un suspiro. Canta á todas horas... canta rudamente... muy bien... un encanto...

—¡No te pregunto detalles sobre ella! le gritó Maiakín con furor.

Las arrugas de su frente se plegaron dolorosamente, y Liuba creyó un instante que su padre iba á llorar.

—Calmaos, papá, suplicó ella tiernamente. ¿Las personas no son quizás muy importantes?

—¿No importantes? gritó Jacob Tarasovitch furioso. ¿Qué sabes tú de eso, tontita? ¿Se ha destrozado un barco? ¿Entiendes? ¡Es el hombre quien está perdido! ¡Ese es el asunto! y este hombre me es útil, ¿lo entendéis, brutos sin cerebro?

El viejo sacudió la cabeza con furor y se dirigió á grandes pasos hacia la casa.

Mientras que esta escena pasaba en casa de Maiakín, Tomás se encontraba bastante lejos de su padrino, en una cabaña de campesinos á orillas del Volga. Acababa de despertarse acostado en una cama de avena fresca sobre el suelo, y seguía con mirada perezosa á través de las ventanas, los jirones de nubes grises y pesadas. El viento las amontonaba y las echaba del cielo. Pasaban espesas y negras, cargadas de pesadez, semejante á un rebaño de animales, corriendo unas más que otras, reuniéndose en una sola masa compacta, después se separaban de nuevo y bajaban hasta la tierra, deslizándose mudas para volver á subir al cielo, volverse á unir y soldarse en una masa compacta.

Con la cabeza pesada por los vapores del vino, Tomás quedó inmóvil largas horas, absorto en la contemplación de esta agitación incesante y le pareció al fin que estas nubes se filtraban hasta lo más profundo de su sér en una bocanada fétida y helada. Su movimiento incierto hacía nacer una impresión de impotencia y de temor, los sentía espontáneamente en el fondo de su corazón: tuvo la visión neta de toda su vida durante estos últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua

turbia. Sombras vagas parecidas á las nubes le cogían y le hacían rodar en el espacio... en medio del éter y de la obscuridad, surgiendo siluetas confusas de individuos; nunca los mismos; los de hoy no son los de ayer... pero todos son igualmente innobles y entristecedores. Borrachos riendo á carcajadas, y ávidos, le rodeaban como hojas que el huracán levanta, burlándose de él, injuriándole, pegándole, gritando á llorando al mismo tiempo. El también les pegaba. Se acuerda de haber pegado un día á alguno en el rostro, de haberle arrancado su levita y de haberle arrojado al agua, y cree aún sentir en sus manos labios fríos, viscosos, repugnantes como de rana.. besándole las manos y suplicándole que no la mate. Su memoria evoca rostros, sonidos de voces... Una mujer desgarrada, con coletillo amarillo, canta con voz fuerte que resuena como un sollozo:

¡Vivamos así, el mayor tiempo posible
Y que después todo sea pulverizado!

...Todas aquellas gentes van, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como pajuelas, enloquecidos y embrutecidos... y sin osar mirar adelante para ver á dónde les lleva la ola furiosa. Ahogan su terror en el vino, siguen la corriente, se empujan, gritan, se insultan, se hastían de orgía, sin llegar á encontrar la calma ni el placer. Y él había sido su compañero, había obrado como ellos... Y ahora se decía que había obrado así por temor á él mismo, para pasar vertiginosamente esta etapa de su vida, ó quizás también para evitar pensar en el porvenir...

En este medio en que el apetito de orgía, las pasiones brutales y el escándalo cegaba, en que se buscaba ardentemente el olvido en el desorden, Sacha sola permanecía permanecía siempre en cal-

ma é igual. Jamás se emborrachaba, hablaba siempre con el mismo diapasón firme y autoritario, y se mantenía aparte de esa agitación, guardando la misma medida en sus gestos, como si hubiese sido la instigadora de esta locura tumultuosa y que la hubiese gobernado á su gusto. Tomás la encontraba más inteligente que todos, pero también la más ávida de ruido y de orgías. Ella dirigía todo, hablaba á todos del mismo modo, así á los cocheros, á los criados, á los marineros como á sus amigas ó á Tomás. Era más bella y más hermosa que Pelagia, pero sus caricias eran frías. Pensaba que en el fondo de su corazón, esta mujer ocultaba cuidadosamente un secreto odioso y que jamás se abandonaría por completo á ella misma. La potencia cautivante de sus encantos era aún mayor, y una curiosidad ardiente é inquieta se unía al misterio de su alma fría y sombría cual sus ojos.

Y Tomás recordó haberla dicho un día:

—¡Cuánto dinero hemos tirado ambos!

Ella le miró vivamente y replicó:

—¿Para que guardarle?

—Verdaderamente... ¿para qué guardarle? se dijo Tomás, estupefacto de una respuesta tan lógica.

Otro día había querido preguntarle algo sobre ella.

—¿Quién eres?

—¿Has olvidado mi nombre?

—¡Bromista!

—¿Entonces?

—Es tu origen lo que me interesa...

—¡Ah! pues bien... soy del departamento de Iaroslav, de Uglitch, burguesa... arpista. ¿Soy más para tí ahora que sabes todo esto?

—¿Qué es lo que sé? preguntó con sorna Tomás.

—¿No te basta?... Pues no sabrás más... ¿Para qué?... Todos hemos nacido del mismo modo... hom-

bres y bestias.—Aparte de esto que puede decirse de sí mismo... ¿y con qué objeto? Estas conversaciones son inútiles. Pensemos más bien como nos vamos á divertir hoy.

Ese día habían dado un paseo en barco con una orquesta de músicos, bebido champaña, y se habían emborrachado abominablemente.

Sacha les cantó una melodía extraña de punzante tristeza que hizo llorar á Tomás como un niño. En seguida bailaron la danza rusa, después de la cual, cansado y empapado de sudor, Tomás se arrojó al agua todo vestido. Faltó poco para que se hubiera ahogado.

Este recuerdo avergonzaba á Tomás, y concibió ira por Sacha. Mirando sus formas graciosas y ligeras, modeladas por el vestido, pensaba que aquella mujer no era indispensable á su vida y que no la amaba.

En su cabeza, aturdida aún por la borrachera de la víspera, pasaban ideas sombrías y sin hilación.

Su vida transcurrida, parecía haber tomado la forma de una especie de masa espesa y viscosa que rodaba en su pecho y de donde partían hilos finos y grises que se enmarañaban.

—¿Qué me sucede? se preguntaba. Llevo una vida desordenada, ¿y por qué? No sé vivir... No me comprendo... ¿Qué soy?

Esta cuestión le interesó á tal extremo que reflexionó largo tiempo ensayando saber la razón por la que no podía llevar una existencia tranquila y regular como todo el mundo. Pero este pensamiento le agitó y le atormentó más aún; se resolvió en su lecho y dió un codazo á Sacha.

—¡Qué dulzura! exclamó ella entresueños.

—¡Bueno!... no eres ninguna gran señora.

—¿Qué tienes?

—Nada...

Ella le volvió la espalda, bostezó voluptuosamente y se puso á hablar con lentitud.

—Soñaba que me había vuelto otra vez arpista. Cantaba un solo... Un perro enorme negro salpicado de lodo, sentado delante de mí, mostró los dientes y esperó que concluyese. Tenía miedo, porque sabía que tan pronto concluyese, el perro me devoraría... cantaba... cantaba y de repente la voz me faltó... ¡Oh! ¡horror! El perro hizo rechinar sus mandíbulas... ¡Dios santo! algún presagio...

Tomás, sombrío, la interrumpió:

—No charles tanto, dime más bien lo que sepas de mí.

—Sé, y eso es todo, que te has despertado, respondió ella sin volverse.

—¿Despertado? Exactamente... me he despertado, replicó Tomás pensativo.

Después levantó los brazos por encima de su cabeza y continuó:

—Por eso te pregunto tu opinión: ¿qué clase de hombre soy yo?

—Apenas desembriagado, respondió Sacha bostezando.

—¡Alejandra! suplicó Tomás, no bromees; dí en conciencia lo que piensas de mí...

—¡No piense nada! dijo ella secamente. Me aburre con tus tonterías.

—¿Esto son tonterías? exclamó Tomás desolado. ¡Qué diablo! es lo principal... lo demás qué me importa.

Y exhaló un profundo suspiro y se calló.

.. Ráfagas de viento pasaban por el río, levantando enormes ondas de tinte amarillento é irritado se lanzaba á la tempestad, arrastrando sus aguas tumultuosas cubiertas de una espuma rabiosa. Las plantas acuáticas se inclinaban hacia la tierra co-

mo si buscasen un abrigo contra los golpes repetidos del elemento desencadenado. Los silbidos el mugido cavernoso de la tempestad y un rumor intenso parecido á un gran lamento exhalado por millares de individuos, llenaban la atmósfera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡his!...

Llamada, á la vez, breve cual una descarga de metralla y pesada cual la respiración de un pecho gigantesco vacilante bajo el esfuerzo, se extendía sobre el río, bajaba sobre las olas á los que excitaba en su lucha contra el viento, precipitándose exasperadas hacia las orillas.

Barcos vacíos, anclados, al lado de la escarpada orilla, se balanceaban lentamente y los altos mástiles trazaban con sus puntas inquietas invisibles dibujos en el cielo. Los dos puentes estaban llenos de andamiajes, de gruesos maderos oscuros, de inmensas poleas de las que colgaban cuerdas y cadenas que rechinaban débilmente.

Una fila de campesinos con camisas rojas y azules arrastraban un largo poste y gemían cadenciosamente:

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡his!

Por todas partes se veían grupos de hombres rojos ó azules, agarrados á gruesos maderos. El viento inflaba sus blusas y sus calzones les daban formas imprevistas, haciéndoles ya jorobados, ya redondos é hinchados como pellejos.

En los andamios y en los puentes, obreros aserraban, clavaban, destrozaban ó reconstruían. Una multitud de brazos desnudos hasta el codo se agitaban, torbellinos de virutas saltaban por encima de ellos. De aquella actividad subía un rumor agitado y brutal. Los dientes de las sierras profundizaban hasta el corazón de la madera con una especie de rabia gozosa; los potros crujían y se quejaban heridos por el hacha; las tablas gemían bajo los golpes que las cersaban; una garlopa, con feo

silbido placentero, quitaba al madero ráfagas de fibra viva. Y el viento, expulsando las nubes delante de sí, con aullidos, llevaba consigo los rumores de herramientas, el rechinar de las poleas, confundidos con el festín de las ondas y las diseminaba á lo lejos.

—¡Michka-a! echadme el resto, gritaba una voz sonora desde lo alto del andamiaje.

Un enorme campesino, echando atrás la cabeza para ver mejor, respondía:

—¿Que-e?

El viento jugaba con su larga barba roja y se la plantaba en pleno rostro.

—¡Echa el resto!

Otra voz potente gritaba por el porta-voz:

—¡Especie de memo! ¿cómo has atado las tablas? ¿Estabas ciego?

Tomás, ligero y hermoso, vestido con una chaqueta negra y con botas del país, estaba al pie de un mástil y con mano distraída acariciaba su barba, admirando la actividad alegre de los campesinos.

Aquel ruido, rodeándole, le producía ganas de gritar, de mezclarse con aquellos hombres, de cortar maderas, de cargarse como ellos, de ordenarles. Habría deseado atraer su atención y desplegar ante ellos su actividad, su manejo, su vigor; pero permanecía inmóvil, en silencio.

Un doble sentimiento de respeto humano y de timidez le retenía. Se retraía por su posición. Era el amo. Aquellos hombres podrían no creer que en realidad fuese dichoso trabajando como ellos, y no quería que pudiesen sospechar que trataba de activarles estimulándoles por el ejemplo. ¿Quién sabe si así mismo se reirían de él?

Un rapaz de pelo rojo y ensortijado, con el cuello de la camisa desabrochado, pasaba repetidas veces delante de él, ya cargado con una tabla, ya

con un hacha. Saltaba como un cabrito, con risa inconsciente y alegre, daba bromas, soltaba palabrotas y trabajaba con ardor, ayudando á unos y á otros, corriendo con rapidez y destreza sobre el puente, todo lleno de maderos y herramientas. Tomás seguía con atención persistente á este muchacho que esparcía á su alrededor tal profusión de vida y tan sana y tan reconfortante animación. Le daba envidia.

«Este debe ser un hombre dichoso», se decía.

Y tras este pensamiento se deslizó en un instinto de celos odiosos, en el deseo de humillar á aquel muchacho y de hacerle sufrir.

Sin embargo, las cadenas continuaban zumbando, las poleas rechinando y los martillazos retumbando por encima de la superficie líquida. Los barcos se balanceaban en las olas y Tomás veía en su movimiento continuo, el símbolo, la imagen de aquella inestabilidad de espíritu que le impedía fijar su decisión y tomar un partido definitivo. ¡Qué triste destino era el suyo!

El capataz de los trabajos, un campesino pequeño, de barba pequeña y puntiaguda, de ojos encendidos en una faz terrosa y rugosa, se aproximó á él y pronunció con voz particularmente límpida, aunque baja:

—Todo está dispuesto, Tomás Ignatitch, todo está en orden... Se podría comenzar con la ayuda de Dios.

—Empieza, le respondió Tomás dulcemente.

Y apartó su mirada de la penetrante del campesino.

—¡Con la gracia de Dios! dijo el capataz, irguiéndose y abotonando su traje.

Acto seguido, inspeccionó minuciosamente los andamios erigidos en dos barcos que estaban para-

lelos, á unos diez metros uno de otro, y gritó de repente:

—A vuestros sitios, hijos míos.

Los campesinos se pusieron en fila por grupos á lo largo de las bordas. Las conversaciones cesaron. Algunos se encaramaron con destreza en la cima de los mástiles, esperando órdenes sin rechistar.

—¡Oído, hijos míos! resonó la voz del capataz, tranquila y clara. ¿Está todo bien arreglado?... Cuando una mujer da á luz... no es ya hora de coser una camisa... ¡Ea! ¡roguemos á Dios!

Tiró su gorra al suelo, levantó los ojos al cielo y empezó á santiguarse con fervor. Acto seguido, todos los campesinos, levantando la cabeza hacia el cielo cubierto de nubes, hicieron la señal de la cruz con amplios gestos. Algunos rezaban en alta voz y un murmullo confuso mezclóse al batir de las ondas.

—¡Señor, bendecidnos!... ¡Virgen santa!... ¡San Nicolás!

Tomás escuchaba aquellas invocaciones que como piedras caían en su pecho. Todos se habían descubiertos, él solo había olvidado quitarse la gorra; y el capataz le dijo, una vez terminada su plegaria, con tono incisivo:

—Deberíais vos también pedir al Señor...

—Ocúpate de tus asuntos... tú no tienes que enseñarme á mí nada, le replicó Tomás, con una mirada terrible.

Cuanto más avanzaban las obras, más avergonzado estaba de sentirse inútil entre aquellas gentes tan seguras de sus fuerzas, dispuestas á levantar por sí millones de kilogramos del fondo del río. De seabá que las obras fracasasen para gozarse en su confusión y un pensamiento criminal atravesó su cerebro.

«Las cadenas se romperán, quizás».

—¡Atención, hijos míos! gritaba el capataz. Em-

pezad todos á un mismotiempo... ¡Que Dios nos bendiga!

Y dando una palmada, exhaló un grito estridente:

—¡Vamos!

Los obreros oyeron el grito y lo repitieron en coro, con vigor:

—¡Vamos! ¡Adelante!

Las poleas gemían y rechinaban; las cadenas, tirantes por los pesos que levantaban, tenían cruji-dos sonoros y los obreros apoyando su pecho en las barras, gruñían y pisoteaban pesadamente en el puente. Las ondas, celosas por guardar su presa, se agitaban furiosas entre los dos barcos.

Tomás veía á su alrededor las cadenas, las cuerdas y los cables atirantarse y vibrar bajo el esfuerzo de su tensión; las cadenas se arrollaban á sus pies, á lo largo del barco, semejantes á inmensas serpientes grises, después se elevaban, eslabón por eslabón, y volvían á caer en seguida como un desprendimiento de bronce; pero los gritos ensordecedores de los obreros apagaban los demás ruidos.

—¡Adelante! ¡adelante! ¡adelante!... ¡Andemos! cantaban en coro, con tono casi solemne.

Y en este tumulto confuso de voces, la palabra estridente y afilada del capataz se hundía como un cuchillo en el pan.

—¡Hijos míos, todos á una!

Entonces un deseo extraño se apoderó de Tomás: el de asociarse íntimamente á todo este concierto, á este ruido de caos, á estos aullidos formidables, amplios y potentes como el río, al enervante rechinar, al gemir, al batir furioso de las ondas. La violencia de este deseo le hacía sudar. Se destacó bruscamente del mástil y en unos cuantos saltos llegóse al cabrestante, pálido de emoción.

—¡Todos á un tiempo! aulló con voz salvaje.